

X

El 10 de julio de 1584, Amurat III con toda su corte, sus visires y sus guerreros habia salido al encuentro de un teniente hasta un kiosko, llamado Yali-Koeschk, situado á las orillas del Bósforo. « Siéntate Othman, » le dijo al aparecer en el salon, « y sé bienvenido á mi presencia para tu soberano y tu patria. »

Como si no hubiese oido estas palabras, desusadas en boca de un padischah, Othman se prosternó, besó la tierra, y acercó á los labios el manto imperial. « Siéntate Othman, » repuso Amurat. Othman hizo por obedecer el ademán de un hombre que va á sentarse, pero se levantó en seguida sin haber tocado la alfombra del sultan. Tres veces renovó Amurat su orden; otras tantas fingió Othman que obedecía y se levantó por modestia. A la cuarta, el vencedor de los persas obedeció y permaneció sentado por orden reiterada de su señor.

« Ahora cuéntame despacio tus largas campañas, » le dijo el sultan despidiendo con una signo de la mano á la muchedumbre de los cortesanos, para oír

la narracion de su general. Othman refirió las fatigas, los reveses y las victorias del ejército en Georgia y Circasia, y su marcha de ochenta dias á través de las estepas de la Tartaria para llegar á Derbend. Cuando hubo descrito la *batalla de las Teas*, la fuga de los persas y las pirámides de cabezas formadas en las márgenes del rio Amor : « Te has portado como un general prudente y bravo; » exclamó el emperador ; y soltando de su turbante una pluma de garza real engastada en brillantes, se la puso él mismo al turbante de Othman.

Interrumpido el héroe por este favor que realizaba el entusiasmo del padischah, continuó el general la historia de sus campañas. Al contar su victoria sobre Hamza-Mirza, hermano del rey ciego de Persia : « Es menester que recibas el premio que mereces de manos de aquel por quien peleabas, » dijo Amurat. Cogió de su cinturón el puñal guarnecido de piedras preciosas y lo colocó en el de Othman.

Al acabar de describir la derrota de Iman-Kouli-Khan, el veterano de los generales del scháh de Persia, el sultan desprendió la segunda pluma de garza real que flotaba sobre su turbante con un broche de zafiros, y decoró con ella el del vencedor ; en fin, cuando Othman hubo descrito las traiciones de los tártaros contra su ejército en Crimea, en la época de

su tercera campaña, el destronamiento y la muerte del khan, la exaltacion al trono del dervis y la insoluble union de la Tartaria á la Turquía : « Eso es demasiado, » dijo Amurat levantando las manos sobre su cabeza como para dar gracias al cielo, autor de tanta ventura : « ¡ Que tu rostro sea blanco y resplandeciente para siempre en los dos mundos de Europa y de Asia ! ¡ Que el Dios que asiste y que venga á te sea siempre propicio ! ¡ Que te siga la victoria á donde quiera que te lleve tu caballo negro ! ¡ Que te sientes en el paraíso en el mismo kiosco y á la misma mesa con aquel antepasado nuestro, cuyo nombre llevas, el khalifa Othman, hijo de Affan ! ¡ y ojalá puedas, miéntras llega la vida inmortal, crecer sin cesar en esta vida terrestre en poder y gloria por dilatados años ! »

A estas palabras, y una señal del sultan, el camarero mayor condujo á Othman á un apartamento del kiosco en donde fué despojado por esclavos de todos los vestidos que llevaba al entrar en el palacio, y cubierto con ropas y armas del mismo sultan. Con este nuevo traje, que lo igualaba exteriormente al padischah, Othman volvió á dar gracias á su señor.

Medio dia duró la narracion de las campañas de Persia. El sultan la habia prolongado de intento con

el objeto de probar á su general. « Habian acusado á Othman, dijo saliendo del kiosco, de embriagarse con ópio y de embrutecerse con él : no creo ya que tiene este vicio, puesto que ha podido soportar sin fatiga y sin interrupcion una conferencia que ha durado seis horas. »

En efecto, Othman queria reparar muchas veces con el uso, á veces excesivo del vino, las fuerzas que habia perdido en sus campañas. Despues de desocupar algunas copas de este licor con sus favoritos en su tienda, se dormia con la cabeza reclinada sobre un cogin, al blando son de sus cantores; luego, despertándose á la hora prescrita (dos horas despues de puesto el sol), hacia sus abluciones religiosas y su oracion, derramaba lágrimas de arrepentimiento por sus culpas, y volvía á trabajar ó dormirse segun lo exigian las circunstancias. La conviccion de la sobriedad de Othman, que resultó para el sultan de aquella prueba, lo decidió á poner el timon de los negocios en manos del hombre predestinado que tan felizmente habia hecho la guerra. Siawusch-bajá fué depuesto sin que cayera en desgracia. Othman fué nombrado gran visir. Su instalacion, acompañada de honores sin ejemplo hasta entónces, fué digno corolario de su entrada triunfal en Constantinopla.

Apesar de su molicie, Amurat III sabia reinar,

pues que recompensaba así al héroe de su pueblo. Pero no era feliz este soberano en el seno de sus prosperidades exteriores, su debilidad intelectual crecía con sus desarreglos; su madre y Djanfeda intendente de sus placeres, no cesaban de ofrecerle nuevas víctimas para satisfacción de sus caprichos. Cambiaba de mujeres mas á menudo que el muezzin anunciaba las horas. Sus hijos se multiplicaban. El placer mismo de su nacimiento no estaba exento de tristezas. Un día que conversaba con una de sus odaliscas, que iba á ser madre: « ¿De qué te « sirve ser padre, sultan? le dijo esta esclava, ha- « ciendo alusion á la inevitable muerte de los hijos « varones del haren; tus hijos no están destinados « á vivir en la tierra, sino á poblar los sepulcros. »

XI

Las rivalidades de crédito y de favor que agitaban su haren herian de rechazo al divan. La madre de Amurat III y su esposa Safiyé no estaban siempre acordés en la proteccion de los mismos favoritos. Su

madre y su hermana favorecian á Siawusch-bajá; Safiyé acusaba á Siawusch de querer privar del trono á su hijo Mohammed para dárselo á los que habia tenido él mismo con su esposa la hermana predilecta del sultan.

La muerte de la sultana madre Nur-Banu, coincidiendo con la vuelta de Othman, debilitó el favor de Siawusch. La veneciana Safiyé, reinó sin rival en el animo de Amurat, apesar de que se sospechaba que habia envenenado á su suegra. Otro favorito del príncipe, Ibrahim, distante aun de la cúspide de los honores públicos, era rival secreto y á veces estorbo de los grandes visires.

El haren tenia sus partidos que costaban sumas inmensas al gran visir. La sultana Validé tenia dos mil ducados de oro, independientemente de los donativos de los favoritos del día. Tres mujeres compartian la privanza de Amurat, y dominaban su débil espíritu. La una era Djanfeda-Kadun, de quien hemos hablado, recomendada por Nur-Banu al morir como la única capaz de reemplazarla en el gobierno del haren; la segunda era una supuesta profetisa, llamada Raziyé, mujer astuta y hermosa, cuyas palabras y filtros habian recibido á veces la sancion del acaso. Enamorada de Schudschaa, jardinero del serrallo, lo habia elevado con sus intrigas á las dig-

nidades domésticas de la corte; la tercera era la judía Kira, que entraba en el haren para vender telas y alhajas, y tomaba parte en las intrigas de amor y de ambicion del serrallo.

Tres hijas de Selim II, hermanas del sultan reinante, disputaban á la sultana Safiyé el favor de su hermano. Eran estas las viudas de Sokolli, y del capitán-bajá Pialé, y su hermana la princesa que se habia casado con Siawusch. Otra sultana que vivia en el antiguo serrallo, Mirhmah, hija de Soliman, educaba dos sobrinas de Amurat. Habia dado en matrimonio á una de estas jóvenes al renegado genovés Cicala, tráfuga de la casa de los Dorias, que habia abjurado su fe y su patria y trasportado á Oriente su heroismo. Habiendo perdido Cicala á su primera mujer de la sangre de Soliman, le habia dado Mirhmah la segunda nieta de este emperador.

Estas princesas que tenian por su parentesco con el sultan entrada en palacio, lo trastornaban con sus intrigas y sus pasiones. Esmá, viuda de Sokolli, aunque poco favorecida por la naturaleza, se habia querido casar con uno de los bajás mas perfectos de cuerpo y de corazón, con Ali-bajá, gobernador de la Hungría turca. Por ambicion ó por miedo consintió en repudiar á la mujer que amaba, para crecer en riquezas y dignidades casándose con una herma-

na de su soberano. El historiador Petschewi, testigo de esta boda cruel, dice que las lágrimas y las imprecaciones de la esposa repudiada de Ali, al salir de su casa, hubieran conmovido las rocas del Balkan.

Hassan-bajá y Feridun, el primero por sus riquezas, el segundo por su talento, fueron considerados dignos de estas alianzas con sultanas parientas del soberano. Feridun debió á este matrimonio el favor que habia perdido. La vida del sultan, en medio de esta molicie y estas intrigas femeninas, se deslizaba suavemente entre las suntuosidades de sus jardines y los pueriles espectáculos con que entretenia á las esclavas y los hijos de su haren. Despues de haber gastado muchas horas en sus kioskos, cuyas terrazas perfumadas de rosas refresca la brisa del Bósforo, prolongaba el dia con fuegos artificiales que se tiraban desde las colinas que estaban enfrente de sus jardines para distraer á su hijo Mohammed. Se deleitaba en ver ejecutar algunas construcciones de devocion ó de utilidad pública para distraer su ociosidad con el espectáculo de la actividad de los trabajadores. Con este objeto envió sumas considerables á la Meca, á fin de defender la Kaaba sagrada y la piedra negra incrustada en los muros del templo de las inundaciones que los habian manchado. Esta piedra negra de Abraham es, en las tradiciones árabes y

mahometanas, un rubí caído del cielo en el principio del mundo, cuyo esplendor iluminaba la tierra con una luz igual á la de la aurora, oscurecido totalmente por los pecados de la especie humana, que se depravó con el tiempo. Los profanos no ven en ella mas que un aerólito caído en Arabia en el siglo de los patriarcas, que brillaba como un metéoro igneo al bajar, que se apagó despues de su descenso, y que la alegoría y la supersticion oriental convirtieron en rubí simpático de la santa Kaaba.

XII

El influjo de estas princesas y de las esclavas del serrallo en el ánimo de Amurat III no igualaba al del jardinero, cómplice de las intrigas de la profetisa Raziye, á quien Amurat, en recompensa de adivinaciones mágicas, había elevado al rango de predicador de la córte. Habiendo recibido este fanático, segun decia él, la mision de convertir en mezquitas todas las iglesias cristianas de Constantinopla, inspiró su intolerancia al sultan. Amurat comenzó esta trasformacion de los templos cristianos bajo el pretexto de

que no cabian en las mezquitas los musulmanes, cuyo número crecia de dia en dia en la capital; pero las reclamaciones de los embajadores y las sumas que pagaron los griegos y los católicos, sirvieron para lograr la conservacion de sus iglesias.

El embajador de Francia, M. de Germigny, protestó con audacia contra la supresion de las capillas de Gálata, y fué con su séquito armado á defender sus puertas. El temor de perder un aliado tan constante de la Turquía hizo perdonar la temeridad del embajador, miéntras que el gran visir amenazaba á los enviados del emperador con encerrarlos en el castillo de las Siete Torres.

Las capitulaciones para la proteccion del cristianismo en el imperio y para los privilegios de la navegacion, fueron renovados y amplificados en esta época.

La Hungría y la Alemania eran las únicas que turbaban la completa tranquilidad del divan por la parte de Europa. Los húngaros independientes habían elegido por rey al emperador Rodolfo. Esta union de la Hungría y del Austria bajo un mismo emperador disgustaba á la Puerta. El gran visir mostraba brutalmente su enojo al embajador austriaco.

« ¿No es cierto, » le dijo un dia en plena audien-

cia, « que el emperador Rodolfo es un soberano
 « débil y enfermizo? ¿Porqué han elegido los húnga-
 « ros un rey que no es de su sangre? Los alemanes,
 « segun un proverbio nuestro, son caballos capados,
 « pero los húngaros son vigorosos caballos padres.
 « Tú provocas á los húngaros á separarse de la pro-
 « teccion de los sultanes: pero si eligen otro rey de
 « su seno, no tardaremos en ir á Hungría para con-
 « firmar por las armas al rey que nombren contra
 « vuestro emperador. » Lo amenazó con la picota.

Los embajadores del emperador sufrieron sin murmurar estos ultrajes, y continuaron pagando el tributo y solicitando la amistad de los turcos.

XIII

Los enviados extraordinarios de todas las potencias de Asia, Africa y Europa llegaron á Constantinopla para asistir á las fiestas de la circuncision del hijo de Amurat III y de la veneciana Safiyé. La memoria de estas fiestas debia de ser en la imaginacion de Amurat uno de los acontecimientos de su reinado. Ellas han quedado en efecto como un testimonio de

la opulencia y de las costumbres de la córte de los sultanes en aquella época. Su magnificencia y su duracion marcan el apogeo de lujo á que habia elevado con sus conquistas una tribu de pastores en dos siglos el trono de sus sultanes. Su descripcion ocupa volúmenes enteros de memorias contemporáneas y de despachos que los embajadores enviaban á sus gobiernos. Tomamos algunas páginas de los historiadores alemanes, sacadas por Hammar de los archivos de las córtes alemanas.

« Mas de un año se habia empleado en los preparativos de estas fiestas. La época de 1582 fué notificada á los monarcas de Asia, de Europa y de Africa; expidiéronse tambien tschauschs con invitaciones á todos los gobernadores del imperio: los que no pudieron asistir á ellas se disculparon enviando presentes considerables. El antiguo intendente de las cocinas imperiales, Karabalibeg, fué nombrado intendente (emir), y Hamzabeg, el antiguo nischandji inspector (nazir) de estas fiestas; este último recibió del tesoro medio millon de aspros para los diversos gastos que estaban á su cargo. Se hicieron cocinas en todas partes, y el hipódromo en que Soliman habia celebrado ya la boda de su hermana, la de Ibrahim, y la circuncision de sus hijos, fué el teatro de las magnificencias que debian oscurecer la memoria de las sun-